

Las formas microlíticas y geométricas de las estaciones valencianas

por

Francisco Jordá Cerdá

MICROLITOS y sílex geométricos son dos elementos culturales de primer orden que parecen surgir con entera independencia uno de otro durante el transcurso del Paleolítico superior y perduran, dominando los conjuntos materiales de las culturas mesolíticas, neolíticas y aun los comienzos del Bronce. Su origen no está bien definido y en realidad no se sabe a qué atribuirlo. La geometrización de las formas quizá sea cuestión de la técnica de talla, ya que se aprovechan las hojas finas de sección trapezoidal o triangular arrancadas de núcleos pequeños, cosa que ya de por sí invita a la geometrización, aunque pudieron intervenir factores de orden práctico, tales como la unión o sutura de las piezas al mango o ástil a que tenían que ir sujetas. Las formas microlíticas implican, a nuestro modo de ver, un perfeccionamiento técnico de los pueblos cazadores, ya que al disminuir el tamaño de la pieza se aumentaba la velocidad del arma a que iban destinadas, puesto que para nosotros todos los microlitos, salvo raras excepciones, fueron utilizados en sentido ofensivo. Este cambio tipológico que se observa en el instrumental prehistórico pudo, naturalmente, ser impuesto por las variaciones climáticas y, por tanto, por los cambios en las condiciones de vida ocurridos al final del Paleolítico superior, pero estimamos que más bien fué un problema de orden técnico que hubo que resolver disminuyendo el tamaño del instrumento.

La tipología microlítica y geométrica (1) presenta un número limitado de formas y muchas veces sus conjuntos materiales se resienten de una excesiva monotonía tipológica debido a la poca diversidad de tipos. Tal

(1) E. MENCKE: «Zur typologie der Silexgeraete der Kiokkenmoeddinger von Muge. Portugal», en *Forsgungen und Fortschritte*, t. XI, 7. Berlín, 1935; hay traducción española en *Atlantis*, t. XV, 1936-40, pág. 157 y sigs.; H. BREUIL: *Les subdivisions du Paléolithique supérieur et leur signification*, 2.ª ed., París, 1937.

como nosotros los conocemos y procurando simplificar en lo posible la terminología, son los siguientes:

- a) Hojitas de dorso rebajado.
- b) Microburiles.
- c) Microrraspadores.
- d) Triángulos $\left\{ \begin{array}{l} \text{isósceles.} \\ \text{escaleno.} \\ \text{de apéndice lateral.} \end{array} \right.$
- f) Trapecios.
- g) Medias Lunas. $\left\{ \begin{array}{l} \text{de borde rebajado.} \\ \text{de borde en doble bisel.} \end{array} \right.$
- h) Hojas de muesca.

Los anteriores tipos pretenden reflejar las formas hasta ahora más comúnmente conocidas, y las subdivisiones en algunos de ellos, además de ser necesarias, evidencian aspectos que no podemos dejar de tratar. Hay algunos, como ocurre con las hojitas de dorso rebajado, cuyo estudio ha sido hecho de un modo concienzudo y eficaz (2); otros, sin embargo, como los trapecios, carecen todavía de una oportuna ordenación sistemática y de una terminología concreta y eficaz. No obstante, basta con los enumerados, para los fines de este trabajo.

Antes que nada vamos a intentar una síntesis de los materiales microlíticos y geométricos encontrados en los yacimientos valencianos excavados hasta la fecha. El número de éstos es escaso y aun lo es más el de los que pueden proporcionarnos una secuencia estratigráfica clara. En realidad, contamos nada más que con los excavados por el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación valenciana. Como vamos a referirnos a ellos constantemente a lo largo de nuestro trabajo y para que las referencias no queden demasiado en el aire, hemos intentado fijarlas haciendo un ligero repaso de los materiales que nos interesan en cada una de las estaciones estudiadas, procurando situarlos claramente dentro de sus niveles correspondientes.

Las estaciones, a que vamos a hacer referencia son la *Cueva del Parpalló*, la de *Les Mallatets*, la de *La Cocina*, la *Covacha de Llitas*, la *Cova de la Sarsa*, la *del Or*, la *Ereta del Pedregal* y la de *La Pastora*, casi todas ellas investigadas y estudiadas con amplitud suficiente por el mencionado Servicio.

(2) J. COROMINAS: «Morfología de los microlitos de borde rebajado del Paleolítico superior de Serriñá», en *Saitabi*, núm. 23-24, t. V, 1947, Valencia, pág. 23 y sigs.; del mismo: «Microlitos en ángulo recto del Magdaleniense de la Bora Gran de Serriñá», en *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* tomo XXI, c. 1-4, Madrid, 1946, pág. 179 y sigs.

CUEVA DEL PARPALLÓ (GANDÍA) (3)

No es necesario hablar de la importancia que este yacimiento tiene para los estudios del Paleolítico superior. Su clara y segura estratigrafía es constante punto de referencia al que hay que recurrir para buscar la constatación de nuevos hechos. Los elementos microlítico y geométricos de que nos ocupamos tienen en ella una magnífica representación, lo cual hace que sea de interés el recordar el modo en que van apareciendo a través de los distintos estratos de la cueva.

En el nivel Solutrense superior se encontraron los primeros elementos microlíticos, aunque en número escaso, y son una hojita de dorso rebajado, dos microburiles de buena técnica y otros dos dudosos.

El Solutreo gravetiense final, período en el que se aprecia un renacer de la vieja técnica gravetiense, proporcionó tan sólo microburiles en número de ocho.

Durante la ocupación de la cueva por los magdalenenses del primer y segundo período no se encontraron microlitos, dato importante a tener en cuenta cuando haya que fijar el origen del microlitismo mediterráneo.

En el Magdaleniense III reaparecen las hojitas de dorso rebajado, junto con microrraspadores y un microburil.

El Magdaleniense IV proporcionó abundantes hojitas de dorso rebajado, escalenos, microburiles en muy escaso número y un microrraspador.

La capa superficial contenía, además de las hojitas de dorso rebajado, medias lunas y triángulos isósceles. Esta capa superficial, que Pericot quiere encuadrar dentro del Magdaleniense IV, posiblemente corresponda a un período un poco más posterior, que quizá corresponda a la época de las primeras influencias capsenses en nuestra península.

CUEVA DE LES MALLAETES (BÁRIG) (4)

Los materiales de este yacimiento se hallan todavía en estudio, pero ya de ellos se ha dado una amplia referencia, que nos permite advertir en principio una disposición estratigráfica semejante en parte con la de Parpalló, si bien a partir del Solutreo-gravetiense final sus culturas difieren en cuanto a técnicas, pues mientras en el Parpalló alcanza un desarrollo extra-

(3) L. PERICOT: *La cueva del Parpalló*, Madrid, 1942.

(4) Véase noticia y materiales en I. BALLESTER TORMO: *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en los años 1940 a 1948*, Valencia, 1949, pág. 29 y sigs.; referencias a la misma estación en L. PERICOT: *La España primitiva*, Barcelona, 1950.

ordinario la cultura magdalenense, en Les Mallaetes domina una cultura basada en técnicas de tipo gravetiense y que dan lugar a una importante cultura. Esta diferencia es tanto más notable cuanto que la distancia que separa a ambas estaciones es poco menos de 3 kilómetros en línea recta, encontrándose, además, sobre el mismo macizo montañoso. Esta nueva cultura, denominada con razón Epigravetiense, reviste desde el primer momento un marcado carácter microlítico, hecho que hay que tener en consideración al estudiar el origen de las culturas microlíticas. Los materiales que nos interesan ocupan en la referida estación la secuencia siguiente:

El Solutrense superior dió diversas aunque escasas hojitas de dorso rebajado, pero no se encontró ningún microburil, dato que hay que contrastar con el mismo nivel del Parpalló.

En el Solútreo gravetiense final son muy escasas las hojitas de dorso rebajado, sin que aparezcan los microburiles.

El Epigravetiense I, cultura que en esta cueva sustituye al Magdalenense I y II, y que es una plena demostración del renacimiento de las viejas técnicas gravetienses, nos ofrece frecuentes, aunque no abundantes hojitas de dorso rebajado.

Durante el Epigravetiense II, cuya duración debió ser bastante más larga que la del anterior y que puede considerarse paralelo a los Magdalenienses III, IV y V, las hojitas de dorso rebajado han aumentado de tal manera que podemos considerar a este período como el de plenitud de esta cultura, aportando, además, numerosos microrraspadores.

El Epigravetiense III, que poco más o menos se corresponde con el fin del Magdalenense y principios del Mesolítico, se caracteriza por la continuación de las hojitas de dorso rebajado, transformándose algunas de ellas en bellas puntas que recuerdan las de la Gravette a escala reducida.

El nivel neolítico, que se encuentra enraizado en el Epigravetiense III, contiene hojitas de dorso rebajado y algunos trapecios, muy escasos, que denotan ya una plena influencia africana.

CUEVA DE LA COCINA (DOS AGUAS) (5)

Si los materiales proporcionados por la cueva del Parpalló son esenciales para todo estudio comparativo que se haga con cualquier estación del Paleolítico superior, la cueva de La Cocina es punto obligado de referencia cuando de materiales mesolíticos se trate. Su interés arqueológico viene acentuado

(5) L. PERICOT: «La cueva de La Cocina (Dos Aguas)», en *Archivo de Prehistoria Levantina*, t. II, 1945, Valencia, 1946, págs. 39 y sigs.

por su posición geográfica, ya que se encuentra en el reborde montañoso que separa la llanura valenciana de las tierras altas de la meseta, en el camino natural del valle del Júcar. Sus distintos niveles y materiales han permitido establecer un esquema estratigráfico, bastante preciso, que abarca desde los primeros tiempos del Mesolítico hasta la iniciación de la cultura neolítica, lo cual ha hecho posible una ordenación de los diversos materiales correspondientes a estas épocas y una secuencia estratigráfica firme a donde poder referir los nuevos hallazgos.

El nivel inferior de esta estación muestra dos facies, que podemos denominar Mesolítico I y II. En el Mesolítico I son escasos los elementos microlíticos y geométricos, faltando el microburil, se encuentran algunas hojitas de dorso rebajado y, en general, elementos de tradición epigravetiense, apareciendo las hojas de muesca y las formas trapezoidales, aunque con cierta escasez.

El Mesolítico II se caracteriza por los escalenos alargados o bajos con base casi horizontal o escotada y trapecios alargados con algo de pedúnculo y de forma regular con bordes rectos o ligeramente curvados en la muesca de la base: aparecen los microburiles y son más frecuentes las hojas de muesca.

El nivel medio de la cueva, que podemos denominar Mesolítico III, contiene como elemento más característico los triángulos de apéndice lateral junto con trapecios, triángulos alargados con muesca basal propios de los niveles inferiores; los microburiles son abundantes y las hojas de muesca se transforman algunas veces en hojas robustas con dos y hasta tres escotaduras. Estos dos últimos elementos, junto con las puntas triangulares de apéndice lateral son los tres tipos dominantes del conjunto cultural que denominamos Mesolítico III.

El nivel superior de La Cocina representa el paso a la época neolítica desde un medio puramente mesolítico. Decece el número de los microburiles y perduran con más o menos intensidad los trapecios, triángulos y hojas de muesca, apareciendo como elemento típico las medias lunas. Junto a este material lítico aparece la cerámica primitiva en su facies no cardial. Se trata, a nuestro entender, de un neolítico inicial de montaña.

COVACHA DE LLATAS (ANDILLA) (6)

Recientemente estudiada por nosotros y publicada bajo los auspicios del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, contiene un solo nivel,

(6) F. JORDA CERDÁ y J. ALCÁZER: «La covacha de Llatas (Andilla)». en *S. I. P. Serie de Trabajos Varios*, núm. 11, Valencia, 1949.

que pertenece al neolítico inicial de montaña en su facies no cardial y con toda seguridad representa una fase de desarrollo un tanto más avanzada de dicho neolítico con relación al de la Cueva de La Cocina. Entre sus materiales se encuentran medias lunas de los dos tipos, las de borde rebajado están talladas sobre hojita fina, y, además, trapecios, triángulos de apéndice lateral, isósceles, hojas de muesca y hojitas de dorso rebajado.

La presencia de medias lunas de tipos evolucionados y la falta absoluta de microburiles es lo que nos inclina a situarla en un momento más avanzado del neolítico inicial. Por otra parte, las formas variadas de los trapecios y la presencia de hojitas de dorso rebajado dan un carácter arcaico a los materiales de esta cueva, arcaísmo que parece desmentido por la cerámica encontrada en ella.

Esta estación, junto con la de La Cocina, pertenecen al grupo de yacimientos neolíticos iniciales de facies no cardial. Esta distinción hay que tenerla muy en cuenta al hacer el estudio de los comienzos de la vida neolítica en Levante, ya que podría implicar una cuestión de cronología, pues si atendemos a Pericot, la cerámica no cardial, es decir, la cerámica tosca, lisa, rayada o con algún relieve y con asas tubulares, es anterior a la cardial y su llegada a nuestra península debe fecharse en el transcurso del V milenio. Dicha tesis no es descabellada, ya que los hallazgos de otras estaciones, como en los de Les Mallaetes, así parecen demostrarlo. Hay que añadir, además, un hecho curioso, deducido de las estaciones que estudiamos en el presente trabajo. Se trata de que los microlitos parecen mucho más abundantes en la facies neolítica no cardial que en la cardial. Habría, pues, que hacer una nueva discriminación de los materiales de todas estas estaciones y tratar de hacer una distinción más radical entre ambas facies.

COVA DE LA SARSA (BOCAIRENTE) (7)

De las estaciones con restos cardiales, quizá sean las más interesantes la de la Sarsa y la del Or.

La Cueva de la Sarsa, publicada por Ponsell, ha sido estudiada, todo lo ampliamente que le ha sido posible, por San Valero, quien la ha encuadrado dentro del Neolítico hispano-mauritano de Santa-Olalla, que corresponde a nuestro Neolítico inicial de montaña en su facies cardial. Aunque

(7) F. PONSELL: «La cova de la Sarsa (Bocairente)», en *Archivo de Prehistoria Levantina*, t. I, Valencia, 1929, pág. 87 y sigs.; J. SAN VALERO APARISI: «Notas para el estudio de la cerámica cardial de la cueva de la Sarsa (Valencia)», en *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, t. XVII, c. 1-4 Madrid, 1942, pág. 87.

sus materiales no han sido publicados todavía, como sería de desear, sin embargo, podemos asegurar que se encuentran en la misma microlitos y formas geométricas, tales como trapecios, medias lunas y alguna hojita de dorso rebajado y hojas de muesca, pero hasta el momento presente podemos decir que se encuentran en número muy escaso.

COVA DEL OR (BOCAIRENTE) (8) Y OTRAS ESTACIONES CARDIALES

Escaso es el material que poseemos de esta cueva, ya que en ella hasta el momento presente sólo se han realizado catas, sin que se haya podido llevar a cabo una excavación metódica del yacimiento. El Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia ha publicado ya hace tiempo el resultado de los trabajos de campo en ella realizados. Entre el material encontrado se encuentran trapecios, medias lunas y un posible microburil.

Las restantes estaciones con cerámica cardial valenciana, *Les Cendres* (Moraira, Alicante), *Bolumini* (Alfafara), *Cueva del Mongó* (Jávea), *Cueva de les Maravelles* (Gandía), *Cueva del Barranc del Castellet* (Carrícola), *Caseta de Molina* (Bocairente), *Fondos de Cabaña de Alfogás y del Genera* (Bélgida), *Cueva del Petrolí* (Cabanes) y *Cueva de la Selda* (Castellón), pueden estudiarse en San Valero (9), siendo de notar, como en las anteriores, la poca frecuencia de sílex microlíticos y geométricos.

ERETA DEL PEDREGAL (NAVARRÉS) (10)

Este yacimiento, cuya excavación todavía está en curso, es quizá uno de los más interesantes de la actual prehistoria valenciana. Se trata, como ya es sabido, del primer palafito o construcción lacustre encontrado en España y según la referencia que de los trabajos en él realizados hasta el momento se acaba de publicar, sus estratos abarcan desde los primeros tiempos del Neolítico hasta el Bronce inicial o Eneolítico. La riqueza del yacimiento es extraordinaria en toda clase de materiales, plenamente diferenciados de los estudiados hasta ahora en las estaciones anteriores, todo lo

(8) *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en 1934*, en tirada aparte de la *Memoria de Secretaría de la Diputación de Valencia*, 1935; R. PARDO BALLESTER: «La cova de l'Or en Benirrás», en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, t. V, 1935, pág. 175, y nota en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, t. IV, nueva serie, número 6, 1943, pág. 72.

(9) J. SAN VALERO APARISI: *Op. cit.*, en la nota núm. 7.

(10) J. CHOCOMELI: «La primera estación palafítica en España», en *Archivo de Prehistoria Levantina*, t. II, Valencia, 1946, pág. 93; I. BALLESTER TORMO: *Op. cit.*, nota número 4, págs. 77 y sigs.

cual nos lleva a suponer la existencia de un neolítico de llanura que cronológicamente no podemos situar aún, pero que posiblemente debió ser posterior al Neolítico inicial de montaña.

Se caracteriza por una disminución en número de los elementos microlíticos y formas geométricas y un aumento en tamaño, alcanzando alguna de las piezas dimensiones regulares. Los elementos dominantes son las medias lunas en las capas centrales e inferiores y los trapecios que se reparten por todos los estratos. Con relación a los demás instrumentos, su proporción es escasa, siendo de notar que llegan hasta el Bronce I o Eneolítico.

CUEVA DE LA PASTORA (ALCOY) (11)

Posee esta estación un material riquísimo de la cultura de Almería, siendo importante su colección de ídolos oculados y sus cráneos trepanados. Conserva todavía formas trapezoidales, aunque escasas y poco típicas, en parte semejantes a las de la Ereta del Pedregal.

Esta perduración de las formas microlíticas y geométricas parece general también en los yacimientos de la misma época del Sudeste de España.

RELACIONES Y COMPARACIONES

En la anterior relación hemos puesto de relieve la presencia de los microlítos y formas geométricas en cada una de las estaciones estudiadas. Hemos visto que hay una infinidad de puntos de contacto a través de los diversos períodos mediante las series de piezas estudiadas, lo cual implica una serie de relaciones, dependencias y concomitancias que hay que destacar y analizar para poder orientarnos un tanto en ese mundo cultural de las formas pequeñas.

De todos los instrumentos que hemos visto, quizá sean las hojitas de dorso rebajado las que presentan una más larga historia. Aparecen en el Solutrense superior y pasan al Solútreo-gravetiense final, y si bien es verdad que se presentan en escaso número, hay las suficientes para probar el renacimiento de la técnica gravetiense de retoque marginal abrupto, que en el Solútreo-gravetiense final dará una forma típica, la punta de muesca, que revela de por sí la importancia y potencialidad de ese renacimiento. Hay un eclipse de las mencionadas hojitas durante el Magdaleniense I y II, desaparición lógica si pensamos que esta cultura, llegada de Europa, necesariamente tenía que desplazar, donde podía, las culturas de las tierras invadidas. Así lo observamos en el *Parpalló*, mientras que en la vecina cueva de *Les Mallaetes*

(11) I. BALLESTER TORMO: *Op. cit.*, nota núm. 4, págs. 41 y sigs.

encontramos un Epigravetiense I, que discurre paralelo a los Magdalenienses I y II, y que se encuentra poderosamente influido por ellos, pero que tiene como uno de sus instrumentos típicos a la hojita de dorso rebajado. Continúa siendo típico en el Epigravetiense II y reaparece en los Magdalenienses III y IV, sus contemporáneos, lo cual prueba una reacción de las gentes epigravetienses y un debilitamiento de los magdalenienses en nuestra región. Durante el Epigravetiense III, que domina el final del Paleolítico superior y que parece prolongarse a los primeros tiempos de la época mesolítica, es elemento importante, perdiéndose en el Mesolítico pleno, aunque más tarde la encontramos nuevamente en el Neolítico inicial de la *Covacha de Llata*, en la cual parece más bien un elemento arcaizante.

Esta historia de la hojita de dorso rebajado nos revela la gran vitalidad de las gentes gravetienses, cuyo auge, a partir del Solutrense superior, fué tal que dominó casi toda la Península, a excepción de la parte cantábrica y pirenaica, donde parece que los magdalenienses establecieron un fuerte baluarte cultural, que recibió con frecuencia influencias y aportaciones epigravetienses.

Con una vitalidad análoga se nos aparece el microburil. Lo encontramos junto con las hojitas de dorso rebajado en el Solutrense superior y su número aumenta durante el Solútreo-gravetiense final del *Parpalló* y hay que hacer la salvedad de que no aparece durante los mismos períodos en los estratos de *Les Mallaaetes*; ni durante sus culturas epigravetienses. Desaparece del *Parpalló* durante los Magdalenienses I y II, para reaparecer en los III y IV. Luego, lo encontramos de nuevo en todos los niveles de la *Cueva de la Cocina*, tendiendo a desaparecer durante el Neolítico inicial. Su falta durante todos los Epigravetienses nos lleva a la conclusión de que no es elemento propio del renacimiento de la cultura gravetiense. Para explicar su aparición en el Solutrense superior, podríamos suponerlo originado dentro de esta cultura, lo que podría explicar su perduración en el Norte de Africa, pero no su presencia tan temprana en Romanelli (Italia). Suponerle un origen africano, concretamente en el Sebiliense egipcio (cultura considerada como Epilevaloisienne) y llegado a Italia y a España a través del Capsiense, sería como una prueba para aceptar la mayor antigüedad de este último, lo cual no parece muy de acuerdo con las tendencias modernas, que consideran al Capsiense como posterior, por lo menos al Solutrense superior. Habrá que estudiar la posibilidad de un origen italiano (12).

(12) A. C. BLANC: «Les microburins dans les niveaux à faune glaciaire de la grotte Romanelli en terre d'Otranto (Italie)», *Bull. S. P. F.*, París, 1939; del mismo: «Dei microbulini e della precoce comparsa del Mesolitico in Italia», en *Riv. di Antrop.*, XXXII, Roma, 1939.

Los microrraspadores son unas piezas que caracterizan un momento cultural: el Epigravetiense II. Los Magdalenienses III y IV, contemporáneo e influenciados por aquél, lo tienen entre sus materiales, pero en número escaso. Después de estas etapas, desaparece completamente.

Mayor importancia tienen los trapecios, que en las estaciones consideradas se localizan a partir del Mesolítico I, adoptando las formas corrientes en el Norte de África, abundando especialmente los de muesca basal. Sin embargo, a excepción de estos últimos, que parecen ser propios del nivel III A o inferior de la cueva de *La Cocina*, observamos que las demás formas parecen prevalecer indistintamente en los restantes períodos, tal como ocurre en la *Covacha de Llatas*, en la que encontramos una representación de todos los tipos. A medida que los trapecios van avanzando a través de las culturas neolíticas, su número escasea y van perdiendo su carácter microlítico, alcanzando tamaños cada vez mayores, cosa que podemos apreciar en las capas superiores de la *Ereta del Pedregal* (Navarrés) y en algunos ejemplares de la *Cueva de La Pastora* (Alcoy). La perduración de estos elementos hasta las primeras culturas del Bronce o Eneolítico, es problema de sobra conocido y sobre el cual no es necesario insistir.

Respecto a los triángulos, hemos de señalar que los isósceles se encuentran ya en el nivel superficial del *Parpalló*, que para nosotros no debe incluirse en el Magdaleniense IV, del que parece desligado, y considerarlo como una nueva etapa, acerca de la cual, por desgracia, poseemos pocos datos, pero que a nuestro entender está estrechamente ligada con el Capsiense-Oraniense nordafricano. Se encuentran algunos en *La Cocina* y muy escasos en el Neolítico de la *Covacha de Llatas*.

Los escalenos son propios del Magdaleniense IV del *Parpalló* y es curioso que mientras por su aspecto técnico parezcan provenir de una técnica epigravetiense, no se les encuentre en el Epigravetiense II de *Les Mallaetes*. Se les ve también en el nivel inferior de la *Cueva de La Cocina*, lo cual da a entender posibles relaciones entre el Magdaleniense y el comienzo del Mesolítico.

Los triángulos de apéndice lateral son propios del nivel II de la *Cueva de la Cocina*, que viene a representar el pleno Mesolítico, y posteriormente se les encuentra aún en los comienzos del Neolítico, como ocurre en dicha cueva y en la de *Llatas*.

La hoja de muesca se encuentra en todos los niveles de la Cueva de *La Cocina* y en la de *Llatas*, es decir, ocupa todo el Mesolítico y el Neolítico inicial. Propiamente hablando, no es un elemento microlítico y en cierto modo podemos considerarlo como forma geométrica debido a la regularidad semicircular de la muesca, pero su presencia constante dentro de los medios

microlíticos hace que le consideremos como tal. Algún ejemplar se encuentra también en la *Cueva de la Sarsa*.

Sobre las medias lunas ya hemos dicho en otro lugar algo respecto a ellas (13). Aquí trataremos sólo de situarlas dentro del marco estratigráfico de nuestra región. Aparecen en nivel superficial del *Parpalló*, que, como ya hemos dicho antes, debe ser considerado no como Magdaleniense IV, sino como perteneciente a una época más avanzada, y las encontramos de nuevo en los niveles neolíticos de la *Cueva de la Cocina* y de la de *Llatas*, teniendo en cuenta que aparecen primero las de borde rebajado que, por lo general, tienen la forma de gajo de naranja, y a continuación vienen las de doble bisel, de forma semicircular, a las que acompañan frecuentemente, como ocurre en la *Covacha de Llatas*, medias lunas de borde rebajado sobre hojita delgada y forma de segmento circular, todo lo cual supone un grado de evolución que hace considerar a las medias lunas en forma de gajo de naranja como las más antiguas. En cuanto a su origen, debemos suponer que las de borde rebajado proceden de las culturas de técnica epigravetiense-capsiense, y las de doble bisel deben considerarse de procedencia egipcia y ponerlas en relación con la técnica de la talla bifacial que parece renacer en el valle del Nilo hacia los albores del Neolítico.

En el precedente análisis de formas y tipos se echa de ver la complejidad que reviste el fenómeno microlítico y geométrico. A nuestro modo de ver queda fuera de toda duda el que el microlitismo se produce en una época en que todavía las culturas paleolíticas no han olvidado la talla bifacial y con toda evidencia se halla ligado al renacimiento de la técnica gravetiense. Este renacimiento parece propio en sus primeros tiempos de nuestra Península y concretamente de su parte Este y Sudeste, siendo buena prueba de ello las estaciones que Siret excavó en el Sudeste español (14), y de las cuales recientemente Pericot (15) nos ha dado un excelente resumen puesto al día, en donde se encuentra de un modo claro y definido el conjunto cultural Epigravetiense, que hasta hace poco se había considerado como Iberomauritano por Pallary. Entre tales estaciones destaca quizá, por su importancia, la *Cueva de las Perneras*, que en sus distintos niveles abarca desde el Musteriense al Mesolítico, y a ella hay que añadir las cuevas del *Palomarico*, *Las*

(13) F. JORDÁ CERDÁ y J. ALCÁZER: *Op. cit.*

(14) L. SIRET: «L'Espagne primitive», en *Revue des Questions scientifiques*, Bruselas, 1893; del mismo: «Clasificación du Paléolithique dans le Sud-Est de l'Espagne», *XV Congrès Int. d'Antrop. et d'Arch. Préh.*, Portugal, 1930, París, 1931.

(15) L. PERICOT: «El Paleolítico superior del Sudeste», *Crónica del I Congreso Nacional de Arqueología y del V Congreso Arqueológico del Sudeste*. Almería, 1949. Cartagena 1950, páginas 57 y sigs.

Palomas, del Tesoro, Tazona, Vermeja y Ahumada, todas ellas en Murcia, y las del *Serrón y Humosa*, en Almería. En Málaga, la *Caverna de Hoyo de la Mina* (16) presenta una notable continuidad de la cultura gravetiense hasta los tiempos neolíticos, con la exclusión, muy notable por cierto, del Solutrense. Basta lo anterior para poder reafirmar la importancia y vitalidad de los pueblos gravetienses en la parte meridional y levantina de nuestra península, opinión que compartimos con Pericot.

Pero el problema central de este renacimiento estriba en su expansión, ya que, según hoy vamos comprobando, el fenómeno epigravetiense no quedó reducido al ambiente peninsular meridional. Por nuestra parte, nos inclinamos a admitir que durante el Solutreo-gravetiense final, la población solutrense fué absorbida por el viejo tronco étnico gravetiense, produciéndose una cultura mixta, con restos de talla bifacial y la punta de muesca, que acaba por desembocar en el Epigravetiense I, eliminando toda reminiscencia cultural solutrense. Estos pueblos epigravetienses se encontraron imposibilitados de emigrar hacia el Norte de la península, por impedírselo la invasión magdalenense que a través de los Pirineos llegaba de Europa. Los epigravetienses se limitaron, pues, a dominar en el Este, Sur y Centro de la península (y quizá en el Occidente), pasando poco después al Norte de Africa, formando, según nuestro modo de ver, la base de la cultura Capsiense. De esta opinión es Miss Caton Thompson (17), y es lógico suponerlo así, cuando hace algunos años Pallary (18) no tuvo inconveniente en encontrar paralelos entre los materiales del Sudeste publicados por Siret y los encontrados por él en el Norte de Africa y agrupados actualmente bajo la denominación de Oraniense, cultura lateral y costera paralela al Capsiense. Hay que aceptar el parentesco de ambas culturas, pero suponiendo que el Oraniense-Capsiense depende en su origen del Epigravetiense español. Esto sería una prueba más de la mayor modernidad del Capsiense, para el que hay que aceptar, no obstante, una lejana raíz sebiliense, que sería la determinante de la geometrización de las formas.

Queda por aclarar el problema del origen del microburil. Su presencia en el Solutrense del *Parpalló* y la imposibilidad de atribuirlo al Sebiliense, porque implicaría una mayor antigüedad para el Capsiense, que, como hemos visto,

(16) M. SUCH: «Avance al estudio de la caverna Hoyo de la Mina en Málaga», en *Bol. Soc. Malagueña de Ciencias*, Málaga, 1919-20.

(17) G. CATON-THOMPSON: «The Aterian industry: its place and significance in the Palaeolithic World» en *Huxley Memorial Lecture for 1946*, Londres, 1947.

(18) P. PALLARY: «Instructions pour les recherches préhistoriques dans le Nord-ouest de l'Afrique», en *Mémoires de la Soc. Hist. algérienne*, t. III, 1909; del mismo: «Notes sur un gisement paléolithique de la Province d'Oran», en *Bull. Arch. du Comité des Travaux hist. et scient.*, 1909; del mismo: «Revue de Préhistoire maghrébine (1914-1917)», en *L'Anthr.*, tomo XXIX, 1918-19.

no parece probable, traería como consecuencia el que su área de origen tuviera que circunscribirse al Sur de Italia, a Romanelli o puntos cercanos, de donde pudo pasar a España y al Norte de Africa, lo cual justificaría su presencia en el Capsiense-Oraniense.

Con el Capsio-Oraniense nos encontramos en el momento cumbre del microlitismo y de la geometrización de las formas, y a partir de un momento difícil de determinar, pero que podemos suponer posterior al Magdaleniense IV, empiezan las infiltraciones capsieneses en las culturas europeas, infiltraciones que adquieren tal fuerza de penetración que podemos decir que todo el conjunto material de las culturas postmagdalenienses, o sea, todo el mundo mesolítico europeo, está formado por tipos instrumentales procedentes técnica y culturalmente del tronco Capsiense.

No obstante la fuerza de esta cultura, que se impone sin grandes esfuerzos, los antiguos conjuntos étnicos aportan sus creaciones culturales. Respecto al Mesolítico español creó y popularizó dos tipos: la hoja de muesca y el triángulo de apéndice lateral. Las primeras aparecen en el momento en que las hojitas de dorso rebajado empiezan a desaparecer, a comienzos del Mesolítico. Los triángulos de apéndice lateral, caracterizan un momento de plenitud de nuestro Mesolítico y perduran durante el Neolítico inicial.

A las formas semilunares hay que señalarles un origen oriental, relacionándose con el Sebiliense, del cual pasarían más tarde al Capsiense, aunque quizá este origen sólo sería válido para las medias lunas de doble bisel, que pudieron surgir durante el renacimiento que de las técnicas bifaciales se opera durante el Neolítico en el valle del Nilo. Las medias lunas de borde rebajado parecen encuadrarse dentro de técnicas capsieneses o epigravetienses, pero es difícil señalar con seguridad el área donde fueron engendradas.

CONSECUENCIAS

Teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, podemos resumir nuestra posición respecto al problema de las formas microlíticas y geométricas del siguiente modo:

a) Con toda seguridad el microlitismo es un fenómeno que se originó en el área del Mediterráneo occidental durante las últimas etapas del Solutrense y que, en parte, se debe al renacimiento de las técnicas gravetienses.

b) Que el Epigravetiense español y el Grimaldiense italiano en sus últimas fases fueron los propagadores de las culturas microlíticas.

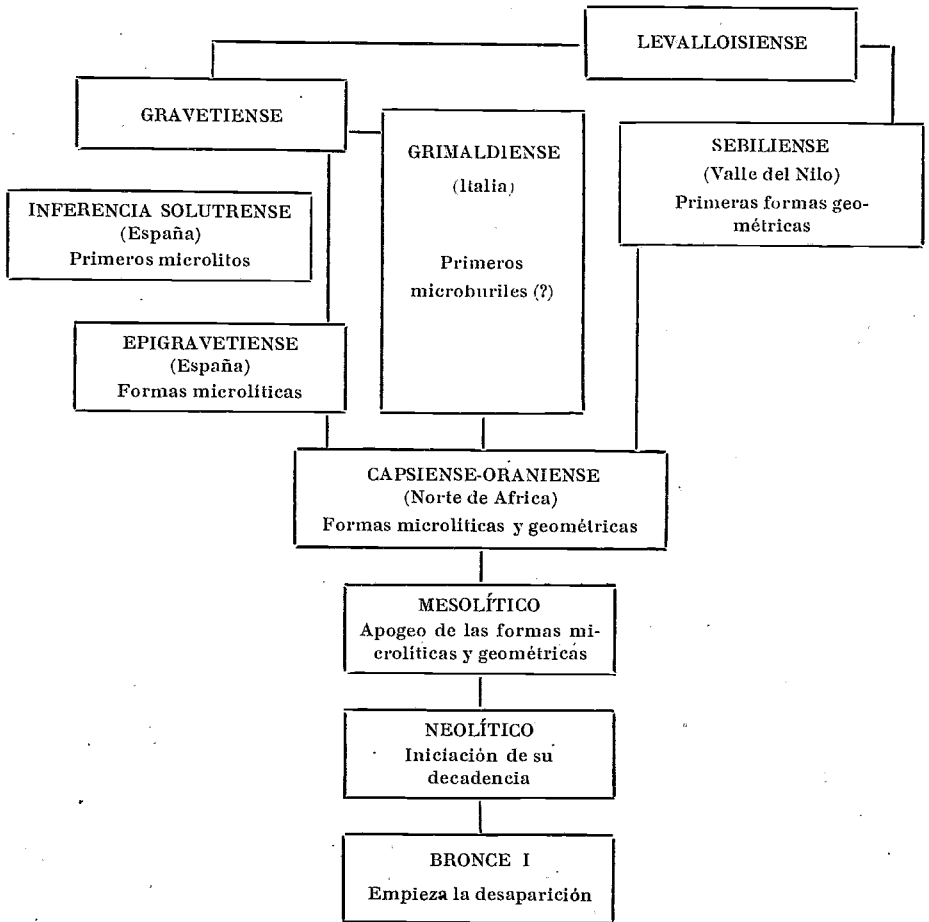
c) Que el conjunto cultural nordafricano Capsiense-Oraniense fué originado a raíz de las influencias y penetraciones epigravetienses llegadas desde España y un poco más tarde desde Italia.

d) Que el Capsiense adoptó, además de la técnica epigravetiense, las formas geométricas popularizadas por el Sebiliense egipcio.

e) Que el Sur de Italia y posiblemente toda la península, fueron centros propagadores del fenómeno microlítico y seguramente el microburil se originó en esta área.

f) Que el Mesolítico europeo responde a una filiación netamente capsiese, y dentro de él, el Mesolítico español, especialmente el de Levante, adopta formas propias que le distinguen y caracterizan.

Podemos concretar nuestra posición respecto a la evolución de las formas microlíticas y geométricas, en la siguiente sinopsis, que, como es natural, tiene tan sólo un valor relativo y en realidad responde a una hipótesis de trabajo y, como a tal, debe ser tomada:



Como vemos, podemos distinguir tres amplias fases, con tres etapas para la inicial, que corresponden a la iniciación del fenómeno microlítico y geométrico, durante el Sebiliense, Grimaldiense y Solutrense; una segunda, donde el fenómeno microlítico adquiere fuerza, que corresponde al Epigravetiense, y la tercera, que corresponde a la unión de los tipos geométricos con el microlitismo. La segunda fase corresponde de lleno al Mesolítico y podemos considerarla como el momento de auge y predominio del mundo microlítico-geométrico. Con la tercera fase empieza la decadencia, iniciada durante los primeros tiempos del Neolítico con la desaparición de piezas características, decadencia que se consuma en los comienzos de la Edad del Bronce, durante la cual son escasos ya los elementos que hemos estudiado.

